

DOM J. B. CHAUTARD

ABAD DE LA ORDEN CISTERCIENSE

EL ALMA DE TODO APOSTOLADO

Obra utilísima para fundar en la vida interior el trabajo del apostolado.

Benedicida y recomendada por
la Santidad de Benedicto XV

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA
ISBN: 84-7770-125-3
Depósito legal: M. 50.561-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

TRADUCCION DEL AUTOGRAFO DE SU
SANTIDAD BENEDICTO XV AL AUTOR

“A nuestro amado hijo D. Juan Bautista Chautard, Abad de la Trapa de Nuestra Señora de Sept-Fons.

Le felicitamos de todo corazón por la excelente publicación de su libro titulado EL ALMA DE TODO APOSTOLADO, donde demuestra la necesidad de la vida interior para todas aquellas almas que, aplicadas a la acción exterior, se proponen obtener una asombrosa fecundidad en su ministerio.

Deseando que esta obra, en la cual se hallan reunidas las enseñanzas doctrinales y los consejos prácticos apropiados a las necesidades de nuestros tiempos, se propague prodigiosamente y produzca mucho bien.

Damos de todo corazón a su piadoso autor nuestra afectuosa bendición apostólica.

En el Vaticano, 18 de marzo de 1915.

BENEDICTUS PP. XV.”

El Emmo. Cardenal Vico añade al envío de la carta del Soberano Pontífice las siguientes líneas:

“Me apresuro a enviar a V. R. el Pergamino adjunto, que nuestro Stmo. P. el Papa Benedicto XV me ha encargado transmitirle. En este agosto autógrafa leerá V. R. los elogios que hace su Santidad del precioso libro de V., titulado EL ALMA DE TODO APOSTOLADO, que el Padre Santo ha leído con suma satisfacción.

Pío X, de santa memoria, me había encargado ya transmitirle sus más cordiales felicitaciones al Píadoso prelado español que tradujo vuestra obra a su idioma nacional.”

PROLOGO

Ex quo omnia
per quem omnia
in quo omnia.

Dios altísimo y Bondad Absoluta. Qué admirables y deslumbradoras son las verdades de la Fe, que nos descubren lo más íntimo de tu Vida.

Tú, Padre santísimo, te miras desde la eternidad en el Verbo, imagen perfecta tuya.

El Verbo queda extático al contemplar tu Belleza, y del éxtasis de los dos, surge el Espíritu Santo como un Volcán de Amor.

Tú, Trinidad Santísima, eres la única vida interior perfecta, superabundante e infinita.

Porque eres la Bondad sin límites, deseas difundir tu vida íntima. Al conjuro de tu Voz, tus obras salen de la nada, proclamando tus perfecciones entre cantos de gloria.

Tu Espíritu de Amor, acuciado por la necesidad inmensa que siente de amar y entregarse, colmará el abismo que te separa del polvo animado por tu soplo de vida.

Así, merced a El, en tu Seno aparece el Decreto de *nuestra divinización*.

Este barro amasado por tus Manos, podrá ser *deificado*, y tener parte en tu eterna bienaventuranza.

Tu Verbo se brinda a realizar esta obra, haciéndose carne para que nosotros nos hagamos dioses (1).

Y esto lo lograste, oh Verbo, sin dejar el Seno de tu Padre, en el cual subsiste tu Vida esencial, Fuente de donde brotarán las maravillas de tu apostolado.

Oh Jesús, "Dios con nosotros", tú entregas a los apóstoles el Evangelio, la Cruz y la Eucaristía, enviándoles a engendrar hijos de adopción para tu Padre.

Y después vuelves al Padre.

Desde ese momento a tu cargo queda, divino Espíritu, la santificación y el gobierno del cuerpo místico del Hombre-Dios (2), realizados por Ti con la colaboración de los auxiliares que escogiste para hacer que baje la vida divina de la Cabeza a los miembros.

Abrasados por el fuego de Pentecostés, se distribuyen por la tierra para sembrar en todas las inteligencias el Verbo que ilumina, y en todos los corazones la gracia que inflama, canales por los que se comunica a los hombres esa vida divina, de la cual Tú eres la plenitud.

* * *

Oh fuego divino, excita en cuantos participan de tu apostolado, el ardor que transformó a aquellos

(1) Factus est homo et homo ut fieret Deus (San Agustín, serm. 9 de Nativ.).

(2) Deus cujus Spiritu totum corpus sanctificatur et regitur (Liturg.).

hombres dichosos que se congregaron en el Cenáculo, para que no se limiten a ser predicadores del dogma y la moral, sino *transfusores* de la Sangre divina en las almas.

Espíritu de luz, graba con caracteres indelebles en sus inteligencias, esta verdad: *Que el módulo de la eficacia de su apostolado es la Vida íntima sobrenatural que tengan, de la cual Tú eres el PRINCIPIO soberano y Jesucristo la FUENTE.*

Oh caridad infinita. Provoca en sus voluntades una sed ardiente de la Vida interior. Que tus suaves y poderosos efluvios penetren en sus corazones, haciéndoles sentir que aun en este mundo, no hay *verdadera felicidad* sino en esa Vida, imitación y participación de la tuya y de la del *Corazón de Jesús*, en el Seno del Padre de todas las misericordias y de todas las ternuras.

* * *

Oh María inmaculada, Reina de los Apóstoles, dignate bendecir estas modestas páginas y alcanza para cuantos las lean la gracia de *comprender* que si Dios se sirviera de su actividad como de un instrumento regular de su Providencia, para difundir sus bienes celestiales en las almas, esa actividad suya será eficaz *en cuanto participe de la naturaleza del Acto divino* como tú lo contemplaste en el Seno de Dios, cuando tomó carne en tus entrañas virginales Aquel a quien nosotros debemos la merced de poder llamarte *Madre nuestra*.

PRIMERA PARTE

DIOS QUIERE LAS OBRAS Y LA VIDA INTERIOR

1. *Las Obras y, por tanto, el Celo, son queridos por Dios*

Atributo de la naturaleza divina es la liberalidad más soberana; Dios es bondad infinita, la cual, como toda bondad, tiende a *difundirse* y a comunicar los bienes que posee.

La vida mortal de nuestro Señor fue una constante manifestación de esta liberalidad inagotable. Jesús, en los Evangelios, es el divino sembrador, que por todos los caminos va derramando los tesoros de amor de un Corazón ávido de acercar a los hombres a la Verdad y a la Vida.

Jesucristo transmitió esa llama de apostolado a la Iglesia, don de su amor, difusión de su vida, expresión de su verdad, reflejo de la santidad suya.

Encendida en esos ardores, la esposa mística de Cristo, continúa a través de los siglos, la obra de apostolado de su divino modelo.

Designio admirable y ley universal de la Providencia es que el *hombre enseñe al hombre el camino de la salvación* (1).

Sólo Jesús derramó su sangre para rescate del mundo. Sólo El hubiera sido capaz, a quererlo, de aplicar su virtud, obrando directamente en las almas, como lo realiza en la Eucaristía. Plúgole, sin embargo, servirse de cooperadores en el reparto de sus beneficios.

¿Por qué?

Exigencia fue, sin duda, de la Divina Majestad; pero también tuvo su parte, su ternura inmensa para con el hombre.

Y si el más encumbrado de los monarcas no gobierna por sus ministros, qué dignación la de Dios, al asociar unas pobres criaturas a sus trabajos y a su gloria.

La Iglesia, que tuvo su origen en la cruz al salir de la llaga abierta en el costado del Salvador, perpetúa por el ministerio apostólico la acción bienhechora y redentora del Hombre-Dios.

Este ministerio es, por voluntad expresa de Jesucristo, el factor esencial de la difusión de la Iglesia entre las naciones y el instrumento más corriente de sus conquistas.

En el apostolado ocupa el primer lugar el clero, cuya jerarquía forma el cuadro del ejército de Cristo. Clero que ilustran tantos obispos y santos sacer-

(1) Ad communem legem id pertinet qua Deus Providentissimus, et homines plerumque fere per homines salvandos decrevit... ut nimirum quemadmodum Chrysostomus ait, per homines a Deo discamus. (Carta de León XIII al Card. Gibbons, 22 de enero de 1899).

dotes llenos de celo; honrado tan gloriosamente con la canonización del Santo Cura de Ars.

Junto al clero oficial se agrupan, desde el origen del Cristianismo, las compañías de voluntarios, verdaderos cuerpos escogidos, cuya exuberante floración constituirá siempre uno de los fenómenos más palpables de la vitalidad de la Iglesia.

Enumeremos ante todo las Ordenes contemplativas de los primeros siglos, cuya oración incesante y cuyas ásperas maceraciones contribuyeron tan poderosamente a la conversión del mundo pagano.

En la Edad Media aparecen las Ordenes de Predicadores, las Ordenes mendicantes y militares, y las consagradas a la heroica misión de rescatar los cautivos, que estaban en poder de los infieles.

Por último, los tiempos modernos han visto nacer una muchedumbre de milicias dedicadas a la enseñanza, Institutos, Sociedades de Misioneros y toda clase de Congregaciones, para difundir el bien espiritual y corporal en todas sus formas.

También encontró la Iglesia en todas las épocas de su historia, preciosos colaboradores entre el elemento seglar, como esos católicos fervientes, que hoy son legión, denominados con la expresión ya consagrada: "Personas de obras" cuyos corazones ardientes, formando un haz que centuplica sus fuerzas, ponen sin reserva, al servicio de nuestra Madre común, su tiempo, su capacidad, su fortuna, a menudo su libertad, y algunas veces hasta su sangre.

Es un espectáculo que admira y conforta esta eflorescencia providencial de obras que nacen según las necesidades y con una tan perfecta adaptación a las circunstancias. Con la Historia en la mano se

puede observar que, al crearse nuevas necesidades o aparecer nuevos peligros, una institución nueva ha surgido para atender a las primeras y conjurar los segundos.

Por eso en nuestra época han aparecido para oponerse a los graves males presentes, una serie de obras desconocidas antes: Catecismos de preparación para la Primera Comunión; Catecismo de perseverancia; y para los niños abandonados; Congregaciones, Co-fradías, Reuniones y Retiros para hombres, mujeres y jóvenes de ambos sexos; El Apostolado de la Oración; el de la Caridad; Ligas para el Descanso Dominical, Patronatos, Círculos de Estudios, Obras Militares, Escuelas Libres, Buena Prensa, etc.; que son diversas formas de apostolado; suscitadas por el espíritu que encendía el alma de San Pablo: *Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris* (2) y que quiere distribuir por todas partes los beneficios de la sangre de Jesucristo.

Que estas humildes páginas lleguen hasta los soldados que con todo celo y ardor por su noble empresa, se exponen, precisamente a causa de la actividad que despliegan, al peligro de no ser, *ante todo, hombres de vida interior*, y que tal vez algún día, amargados por fracasos inexplicables en apariencia o por graves daños de su espíritu, pudieran sentir la tentación de abandonar la lucha y meterse en sus tiendas, llenos de abatimiento.

Las ideas expuestas en este libro nos han servido a nosotros mismos para luchar contra la absorción de las obras exteriores. Que puedan también aho-

(2) Yo de muy buena gana daré la mía y me daré a mí mismo por vuestras almas (II Cor. XII, 15).

rrar a algunos esos sinsabores y ser guía de su entusiasmo, al enseñarles que el Dios de las obras no debe ser abandonado por las obras de Dios y que el *Vae mihi si non evangelizavero* (3) no nos autoriza a olvidar el: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur* (4).

Los padres y madres de familia para quienes *La Introducción a la vida devota* no es un libro pasado de moda, y los esposos cristianos que se creen en la obligación de practicar un apostolado recíproco y formar a sus hijos en el amor e imitación del Salvador, pueden también aplicarse a las enseñanzas de estas modestas páginas. Ojalá que todos comprendan la necesidad de que su vida sea no sólo piadosa, sino interior, para que su celo gane en eficacia y para perfumar sus hogares con el espíritu de Cristo, que les dará esa paz inalterable, la cual, aun a través de las más duras pruebas, será siempre la compañía de las familias fundamentalmente cristianas.

2. Dios quiere que Jesús sea la Vida de las Obras

La ciencia puede enorgullecerse con razón de sus conquistas inmensas. Pero no ha logrado ni logrará jamás crear la vida, ni producir en los laboratorios químicos un grano de trigo o una larva. Los estruendosos fracasos sufridos por los defensores de la generación espontánea, han sido el más claro testimo-

(3) Ay de mí si yo no evangelizare. (I Cor. IX, 16).

(4) ¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde su alma? (Mat. XVI, 25).

nio de la vacuidad de sus pretensiones. Dios se ha reservado el poder de crear la vida. Los seres que pertenecen al reino animal y vegetal pueden crecer y multiplicarse, pero sometidos a las condiciones establecidas por el Creador.

En cambio, cuando se trata de la vida intelectual, Dios crea directamente el alma racional. Existe todavía un coto cerrado que guarda con mayor celo y es el de la *Vida Sobrenatural*, por ser ésta una emanación de la vida divina, comunicada a la Humanidad del Verbo encarnado.

Jesús, en virtud de su Encarnación y Redención, es la FUENTE UNICA de esta Vida divina a cuya participación son llamados todos los hombres. *Per Dominum nostrum Jesum Christum. Per ipsum, et cum Ipso et in Ipso* (5). La Iglesia tiene como función esencial, comunicarla mediante los sacramentos, la oración, predicación y las demás obras relacionadas con estos medios de vivificación sobrenatural. Nada hace Dios sino mediante su Hijo: *Omnia per Ipsum facta sunt et sine Ipso factum est nihil* (6). Esto se cumple en el orden natural, y más en el sobrenatural, al comunicarse la vida divina, dando a los hombres una participación de la naturaleza de Dios para hacerlos hijos suyos.

Veni ut vitam habeant. In Ipso vita erat. Ego sum Vita (7). Estas palabras son tan precisas, como lu-

(5) Por Cristo Nuestro Señor.— Por El, con El y en El. (Liturg.).

(6) Todas las cosas fueron hechas por El, y nada de lo que fue hecho se hizo sin El. (Juan, I, 3).

(7) Yo he venido para que tengan la vida (Juan, X, 10). En El estaba la vida. (Juan, I, 4). Yo soy la Vida (Juan, XVI, 6).

minosa la parábola de la vid y los sarmientos con que el maestro aclara esta verdad. Con qué insistencia quiere grabar en el espíritu de sus apóstoles el principio fundamental de que sólo EL (JESUS) ES LA VIDA, y su corolario, o sea, que para participar en esta vida y comunicarla a los demás, es preciso ser un injerto del Hombre-Dios.

Quienes recibieron el honor de colaborar con el Salvador en la transmisión de esta vida divina en las almas, deben reflexionar que son unos modestos canales acodados a esa fuente única, para tomar de ella la vida.

Si un hombre apostólico, por ignorar estos principios, se creyera capaz de producir el menor vestigio de vida sobrenatural, prescindiendo en absoluto de Jesús, demostraría una ignorancia teológica tan supina, como estúpida suficiencia.

Y si reconociendo que el Redentor es la causa primordial de toda vida divina, el apóstol olvidase esta verdad cuando actúa, y cegado por una presunción tan incomprensible como injuriosa para Jesucristo, no contase sino con sus propias fuerzas, cometería un desorden, que aunque menor que el anterior, no sería menos intolerable a los ojos de Dios.

Rechazar la verdad o prescindir de ella en la conducta, constituye siempre un *desorden intelectual*, doctrinal o práctico, y es la negación del principio que debe informar nuestra conducta.

Ese desorden aumenta cuando la verdad, en vez de iluminar la inteligencia del hombre de Obras, choca con un corazón en oposición, por el pecado o la tibieza, con el Dios de toda luz.

Esta conducta, que consiste en ocuparse en las obras como si Jesús no fuera el único principio de vida, ha sido calificada por el Cardenal Mermillo de **HEREJIA DE LAS OBRAS**, expresión que sirve para estigmatizar la aberración del apóstol, que, olvidado de su papel secundario y subordinado, pretendiera lograr el éxito de su apostolado con sola su actividad y sus talentos.

¿No implica esta conducta la *negación práctica de una gran parte del Tratado de Gracia*?

Esta consecuencia espanta, pero, a poco que se reflexione, se ve que desgraciadamente encierra mucha verdad.

¡Herejía de las obras! La actividad febril en lugar de la acción de Dios; la ignorancia de la gracia; la soberbia del hombre que pretende destronar a Jesús; el considerar como meras abstracciones, al menos en la práctica, la vida sobrenatural, el poder de la oración y la Economía de la Redención, son casos nada imaginarios que se presentan y que, en diversos grados, un análisis de las almas acusa con frecuencia en este siglo de naturalismo en el que el hombre juzga según las apariencias y obra como si el éxito de su empresa dependiera principalmente de lo ingenioso de su organización.

Aun a la luz de la filosofía, y prescindiendo de la revelación, sería digno de lástima el hombre de valer que se negara a reconocer que todos los talentos que los demás admiran en él, los ha recibido de Dios.

¿Qué impresión produciría en un católico instruido en la religión, el espectáculo de un apóstol que hiciera ostentación, al menos implícita, de pres-

cindir de Dios en su tarea de comunicar a las almas la vida divina aun en sus menores grados? Calificaríamos de insensato al obrero evangélico que dijera: Señor, no pongas obstáculos a mi empresa; no me la atasques: que yo me encargo de llevarla a buen fin. Este sentimiento nuestro reflejaría a la versión que produce en Dios tal desorden; la vista de un presuntuoso que se dejara arrastrar del orgullo hasta el extremo de pretender dar la vida sobrenatural, engendrar la fe, suprimir el pecado, impulsar a la virtud y hacer brotar el fervor en las almas con solas sus fuerzas, sin atribuir estos efectos a la acción directa, continua, universal y desbordante de la Sangre divina, precio, razón de ser y medio de toda gracia y de toda vida espiritual.

Por eso la humanidad del Hijo de Dios pide a su Padre que confunda a esos falsos cristos paralizando las obras de su soberbia, o permitiendo que no produzcan sino un espejismo fugaz.

Y, excepción hecha de la acción que *ex opere operato* se realiza en las almas, Dios está como obligado con el Redentor a retirar al apóstol hinchado de suficiencia, sus mejores bendiciones, para concedérselas al sarmiento que con toda humildad reconoce que su savia no le viene sino de la vid divina.

Que si Dios bendijera con resultados profundos y duraderos una actividad envenenada con ese virus que hemos llamado *Herejía de las obras*, daría a entender que alentaba el desorden y permitía su difusión.

3. *Qué es la vida interior*

Las frases: vida de oración, contemplación, vida contemplativa, que algunas veces empleamos, las cuales se encuentran en los Santos Padres y en los Escolásticos, significan *la vida interior NORMAL al alcance de TODOS*, y no esos estados extraordinarios de oración que estudia la teología mística, y menos, los éxtasis, las visiones, los raptos místicos, etc.

Rebasaríamos nuestro propósito si nos entretuviéramos en un estudio del ascetismo. Limitémonos a recordar en pocas líneas lo que CADA UNO debe *aceptar como verdades inconcusas, para el íntimo gobierno de su alma.*

1.^a VERDAD. Mi vida sobrenatural es la Vida del mismo Jesucristo por la Fe, la Esperanza y la Caridad, porque Jesús es la causa *meritoria, ejemplar y final*, y en cuanto Verbo, con el Padre y el Espíritu Santo, la causa *eficiente* de la gracia santificante en nuestras almas.

La presencia de Nuestro Señor en esta Vida sobrenatural no es la presencia real de la santa comunión, sino una presencia de ACCION VITAL como la acción que la cabeza y el corazón ejercen sobre los demás miembros del cuerpo; Acción íntima, que ordinariamente Dios oculta a mi alma para aumentar el mérito de mi fe; Acción, por consiguiente, habitualmente insensible para mis facultades naturales, que debo aceptar formalmente por la Fe; Acción divina compatible con mi libre albedrío, la cual se sirve de las causas segundas (*acontecimientos, personas y cosas*) para darme a conocer la voluntad de Dios y

ofrecerme la ocasión de adquirir o aumentar mi participación en la vida divina.

Esta vida que comenzó en el Bautismo por él
CRISTIANA.

2.^a VERDAD. Por esta vida, Jesucristo me comunica *su Espíritu*. Y así se erige en principio de una actividad superior, la cual, si yo no pongo obstáculos por mi parte, me hace pensar, juzgar, amar, querer, sufrir y trabajar con El, en El, por El y como El. Mis acciones exteriores son la manifestación de esa Vida de Jesús en mí. Y así tiendo a realizar el ideal de VIDA INTERIOR formulado por San Pablo: *Ya no soy yo quien vive. Jesucristo vive en mí.*

La Vida Cristiana, la piedad, la Vida interior y la santidad no difieren esencialmente, sino que son los diversos grados de un mismo amor. El crepúsculo, la aurora, la luz y el esplendor del mismo sol.

Cuando en esta obra empleamos las palabras "*Vida interior*" nos referimos menos a la Vida habitual, es decir al "capital de vida divina" —valga la frase— que atesoramos en nuestra alma en virtud de la gracia santificante, que a la vida interior actual, o sea, al empleo de ese capital, por medio de la actividad del alma y de su fidelidad a las gracias actuales.

Por tanto, puedo dar de ella esta definición: diciendo que *es el estado de actividad de un alma que REACCIONA para PONER EN REGLA sus inclinaciones naturales y se esfuerza en adquirir EL HABITO de juzgar y de dirigirse EN TODO por las luces del Evangelio y los ejemplos de Nuestro Señor.*

Esto supone dos movimientos. Uno mediante el cual el alma se retira de todas las criaturas que se oponen a la vida sobrenatural, procurando no per-

der jamás su propia presencia. *Aversio a creaturis*. Y otro por el que el alma se lanza hacia Dios para unirse con El: *Conversio ad Deum*.

Con esta conducta el alma quiere conservarse fiel a la gracia que Nuestro Señor le ofrece *cada momento*. Es decir, que vive unida a Jesús y realiza el *Qui manet in Me et Ego in eo, hic fert fructum multum* (8).

3.^a VERDAD. Quedaré privado de uno de los medios más poderosos de adquirir esa vida interior, si no me esfuerzo en tener una fe PRECISA y CIERTA de esa presencia activa de Jesús en mí y, sobre todo, en conseguir que esa presencia sea para mí una realidad viviente, MUY VIVIENTE, que penetre en el campo de mis facultades.

De ese modo Jesús será para mí, la luz, el ideal, consejo, apoyo, recurso, fuerza, médico, consuelo, alegría, amor; en una palabra, *mi vida*, y así adquiriré todas las virtudes.

Sólo entonces podré rezar con toda sinceridad la oración admirable de San Buenaventura que la Iglesia me propone como acción de gracias de la misa: *Transfige dulcissime Domini Jesu...*

4.^a VERDAD. En la PROPORCION en que intensifique mi amor para con Dios, crecerá mi vida sobrenatural por momentos, en virtud de una NUEVA infusión que se me hará de la gracia de presencia activa de Jesús en mí.

Esta infusión se produce:

1.^o Por los actos meritorios que realice. Como son la virtud, el trabajo, las diversas formas de sufri-

(8) El que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto (Juan, XV, 5).

miento, la privación de las criaturas, el dolor físico o moral, la humillación, la abnegación, la oración, la misa, los actos de devoción a Nuestra Señora, etcétera.

2.º Por los SACRAMENTOS, sobre todo por la Eucaristía. Es cierto, pues, y, esta verdad me abruma por su sublimidad y hondura, a la vez que me alegra y anima; es cierto que por *cada* acontecimiento, persona o cosa, tú mismo, Jesús mío, te haces objetivamente presente en mi espíritu a todas horas, y con esas apariencias cubres tu sabiduría y tu amor y me pides mi cooperación para *aumentar tu vida en mí*.

Alma mía, Jesús se te presenta por la GRACIA DEL MOMENTO PRESENTE, cada vez que rezas, celebras la misa o la oyes, haces una lectura espiritual o te ejercitas en actos de paciencia, de celo, de renunciación, de lucha, de confianza o de amor.

¿Te permitirás volverle la cabeza o esconderte?

5.ª VERDAD. La triple concupiscencia, ocasionada por el pecado original y acrecida con cada uno de mis pecados, origina en mí ELEMENTOS DE MUERTE opuestos a la vida de Jesús. En la misma proporción en que crecen estos elementos, reducen el ejercicio de esa vida y hasta pueden llegar a suprimirla.

No obstante, ni las inclinaciones y sentimientos que la contrarían, ni las tentaciones, por violentas y prolongadas que sean, pueden hacerle el daño más ligero, si mi voluntad *se les enfrenta*; y entonces —y esta es una verdad consoladora— contribuyen, como todo elemento de combate espiritual, a *aumentarla* en la medida del celo que despliegue.

6.^a VERDAD. Sin el fiel empleo de determinados medios, se cegará mi inteligencia y mi voluntad carecerá de la fuerza necesaria para cooperar con Jesús en aumentar y aun en mantener su vida en mí. Y así comenzará la disminución progresiva de esa vida y el peligro de la TIBIEZA DE VOLUNTAD (9).

Con mis dispaciones, cobardías, ilusiones y cegueras abriré el corazón al pecado venial, lo que originará la incertidumbre de mi salvación, ya que el pecado venial es una disposición fácil para el pecado MORTAL

Si tuviere la desgracia de caer en ese estado de tibieza, y con más razón si me encontrase más abajo, deberé hacer toda clase de esfuerzos para levantarme.

1.^o Reavivando el *temor de Dios* por el recuerdo constante de mis postrimerías, la muerte, el juicio, el infierno, la eternidad, el pecado, etc.

2.^o Haciendo que reviva mi *compunción* mediante el conocimiento amoroso de vuestras Llagas, oh

(9) Esta tibieza es cosa distinta de las sequedades y aun de los sinsabores que muchas almas fervorosas experimentan a veces a pesar suyo. Los pecados veniales de fragilidad, que son "combatidos" y detestados en cuanto nos damos cuenta, nada tienen que ver con la tibieza.

El alma tibia se siente solicitada por dos distintas voliciones, una buena y otra mala, la una caliente y la otra fría. Por una parte quiere salvarse, y por eso evita las faltas graves; por otra, no quiere someterse a las exigencias del amor de Dios, sino gozar de las comodidades de una vida libre y fácil; y por eso comete los pecados veniales deliberados.

Si "no se combate" la tibieza, existe en el espíritu una mala voluntad, no total sino parcial, es decir: una parte de la voluntad dice a Dios: "En ese o aquel punto no quiero dejar de desagradarte". (P. Desurmont, C. S. R., "Le retour continuel a Dieu").

Misericordiosísimo Redentor. Me trasladaré en espíritu al Calvario para prosternarme a vuestros sagrados pies a fin de que vuestra Sangre viva caiga sobre mi cabeza y mi corazón, disipe mi ceguera, derrita el hielo de mi alma y sacuda la modorra de mi voluntad.

7.ª VERDAD. Yo debo temer con razón que carezco del grado de vida interior que Jesús EXIGE de mí:

1.º Si no procuro aumentar mi SED de vivir de Jesús, la cual me da el deseo de agradar a Dios en todas las cosas, y el temor de desagradarle aun en las más mínimas. Esa sed cesará en absoluto en mí, si abandono los medios de sostenerla, en especial la oración de la mañana, la misa, los sacramentos, el oficio divino, los exámenes particular y general y las lecturas piadosas, o si, por mi culpa, esos ejercicios no me aprovechan.

2.º Si no culdo de tener un **mínimum de RECOGIMIENTO** que me permita, en medio de mis ocupaciones, *guardar el corazón* en tal pureza y generosidad que no *quede ahogada la voz de Jesús* que me señala los elementos de muerte que se me presentan y me anima a combatirlos.

Pero ese **mínimum** me faltará si no pongo en práctica los medios que lo aseguran, como son: La vida litúrgica, las jaculatorias, en especial las que tienen el carácter de súplicas, las comuniones espirituales, el ejercicio de la presencia de Dios, etc.

Sin ese recogimiento, los pecados veniales pulularán en mi vida, tal vez sin llegar yo siquiera a sospecharlo. Para ocultármelos y aun para vendar-me los ojos de un estado más lamentable en que me

pudiera encontrar, la ilusión utilizará los recursos de mi piedad más especulativa que práctica, o su apariencia; el celo por las obras, etc. Pero mi ceguera me será imputable, porque yo soy el causante de ella, por haber abandonado el recogimiento que me era indispensable.

8.ª VERDAD. Mi vida interior será lo que sea la Guarda de mi corazón. *Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit* (10).

Esta guarda del corazón es la *solicitud HABITUAL* o al menos frecuente, con que preservo todos mis actos, a medida que aparecen, de cuanto pudiera viciar su móvil o su realización.

Esta solicitud debe ser tranquila, holgada, sin fatiga, pero fuerte, porque se fundamenta en el recurso filial a Dios.

Es un trabajo más bien del corazón y de la voluntad que del espíritu, el cual debe quedar libre para cumplir sus deberes. No es obstáculo para las acciones; antes las perfecciona, al regularlas con el espíritu de Dios y ajustarlas a los deberes de estado.

Este ejercicio puede practicarse a todas horas. Es una mirada que el corazón dirige a las acciones presentes, y una atención moderada a las diversas partes de la acción a medida que se ejecuta. Es la observación exacta del *Age quod agis*. El alma, como un centinela, vigila todos los movimientos del corazón y en especial lo que ocurre en su interior, es decir, las impresiones, intenciones, pasiones, inclinacio-

(10) Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida. (Pro. IV, 2).

nes, en una palabra, todos sus actos internos y externos, pensamientos, palabras y actos.

La guarda del corazón *exige* un determinado recogimiento; las almas disipadas no la logran.

Practicando este ejercicio con frecuencia, se llega a adquirir la *costumbre* del mismo.

Quo vadam et ad quid? ¿Qué haría Jesús; cómo se conduciría en mi lugar? ¿Qué me aconsejaría? ¿Qué me pide en este momento? Estas son las preguntas que vienen espontáneamente al alma ávida de vida interior.

Para el alma habituada a ir a Jesús por María, esta guarda del corazón reviste un carácter más afectivo todavía, y el recurso a esta buena Madre viene a convertirse en una necesidad constante del corazón.

9.º VERDAD. Jesucristo reina en el alma que aspira a imitarle con seriedad, en todo y con todo afecto.

Hay dos grados de esta imitación:

1.º El alma se esfuerza en hacerse indiferente a las criaturas, sean conformes o contrarias a sus gustos. Como Jesús, ella no quiere otra regla de sus actos que la voluntad de Dios: *Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me* (11).

2.º *Christus non sibi placuit* (12). El alma se inclina con más decisión a lo que contraría y repugna a la naturaleza. Entonces realiza el *Agendo contra* de que habla San Ignacio en su famosa meditación

(11) He bajado del cielo para hacer no mi voluntad, sino la de Aquél que me envió. (Juan, VI, 38).

(12) Cristo no se hizo placer a sí mismo. (Rom. XV. 3).

del Reino de Cristo, o sea la acción contraria a la naturaleza para llegar a la imitación de la pobreza del Salvador y al amor de los sufrimientos y humillaciones.

Entonces el alma conoce a Cristo de verdad, según la expresión de San Pablo: *Didicistis Christum* (13).

10.^a VERDAD. En cualquier estado en que me encuentre, si quiero orar y ser fiel a la gracia, Jesús me ofrece toda clase de medios para llegar a una vida interior que me devuelva su intimidad y me permita desarrollar Su vida en mí. Entonces mi alma, a medida que va progresando, *poseerá la alegría* aun en medio de sus pruebas, y en ella se realizarán estas palabras de Isaías: *Amanecerá tu luz como la aurora y llegará pronto tu curación y delante de ti irá tu justicia y la gloria del Señor te acogerá en su seno. Invocarás entonces al Señor y te oirá con benignidad; clamarás y te dirá: Aquí me tienes... Y el Señor será tu guía constante; y llenará tu alma de resplandores y vigorizará tus huesos; y serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas no se secarán jamás* (Isaías, LVIII, 8, 9, II).

11.^a VERDAD. Si Dios me pide que aplique mi actividad no sólo a mi santificación, sino también a las Obras, empezaré por grabar en mi alma esta convicción: Jesús debe y quiere ser la vida de esas obras.

Mis esfuerzos, de suyo *nada* son y nada valen. *Sine me NIHIL potestis facere* (14). Serán útiles y

(13) Habéis aprendido a Cristo. (Efes, IV, 20).

(14) Sin mí, nada podéis hacer (Juan, XV, 5).

bendecidos de Dios, si en virtud de una vida interior, los uno constantemente a la acción vivificadora de Jesús. Entonces llegarán a ser *omnipotentes*. *OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT* (15). Si nacen de una suficiencia llena de orgullo, o de la confianza en mis propios talentos, o del afán de lucirme con mis éxitos, serán reprobados por Dios; que sería sacrílega locura pretender arrebatarse a Dios algún girón de su gloria para adornarme con él. Esta convicción no engendrará en mí la pusilanimidad; antes al contrario, será mi fuerza y me impulsará a la oración; para obtener esa humildad, que es gran tesoro de mi alma, la seguridad de la ayuda de Dios y la prenda del éxito para mis obras.

Convencido de la importancia de este principio, haré durante mis retiros o ejercicios, un examen serio, para averiguar —si no se debilita mi convicción de lo nulos que son mis actos, cuando van solos, y de su fuerza cuando están unidos a los de Jesús— si soy inexorable en excluir toda complacencia y vanidad, y toda satisfacción propia en mi vida de apóstol —si me mantengo en una desconfianza absoluta de mí mismo— y si pido a Dios que vivifique mis obras y me preserve del orgullo, que es el primero y principal obstáculo a su asistencia.

Este CREDO de la Vida interior, cuando llega a ser la base de la existencia para el alma, le asegura desde este mundo una participación en la felicidad celestial.

(15) Todo lo puedo en Aquél que me conforta (Phillip., IV, 13).

Vida interior es vida de predestinados; y responde al fin que Dios se propuso al crearnos (16).

Responde también al fin de la Encarnación: *Filium suum unigenitum misit Deus in mundum ut vivamus per eum* (17).

En el estado de los bienaventurados: *Finis humanae creaturae est adhaerere Deo; in hoc enim felicitas ejus consistit* (18).

Con ella ocurre lo contrario de las alegrías del mundo, y es que las espinas están hacia afuera y las rosas por dentro.

¡Qué dignas de compasión son las pobres gentes de este mundo!, dice el Santo Cura de Ars. Llevan sobre sus espaldas una capa forrada de espinas, y no pueden hacer el menor movimiento sin sentir sus punzadas; en cambio, los buenos cristianos tienen una capa forrada de piel de conejo. *Crucem vident, unctionem non vident* (19).

Es también la vida interior un estado celestial. Porque el alma viene a ser un cielo viviente (20), y canta como Santa Margarita María:

Poseo en todo tiempo y llevo en todo lugar
el Dios de mi corazón y el corazón de mi Dios.

(16) *Ad contemplandum quippe Creatorem suum homo conditus fuerat ut semper spiciem quareret atque in soliditate amoris illius habitaret* (S. Greg. Moral. 1, VIII, c. XII).

(17) Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos por él (1.ª Juan, IV, 9).

(18) El fin de la criatura humana consiste en estar unida con Dios. Toda su felicidad estriba en eso (D. Thom.).

(19) La Cruz se ve; pero la unción, no. (San Bernardo).

(20) *Semper memineris Dei, et coelum mens tua evadit* (S. Eph.). *Mens animae paradus est, in qua, dum coelestia meditatur quasi in paradiso voluptatis delectatur* (Hugo de S. Victor).

Es, en fin, el principio de la felicidad: *Inchoatio quaedam beatitudinis* (21). La gracia es el cielo en germen.

4. *Qué desconocida es esta Vida interior*

San Gregorio Magno, tan hábil administrador y apóstol celoso, como gran contemplativo, concreta en esta frase: *Secum vivebat* (22) el estado del alma de San Benito, que ponía en Subiaco el fundamento de su Regla, la cual había de ser una de las más potentes palancas de apostolado que Dios ha utilizado en la tierra.

En cambio, de la mayoría de nuestros contemporáneos habrá que decir lo contrario. *Vivir consigo y en sí*, querer *governarse a sí mismo*, y no dejarse gobernar por las circunstancias, reducir a la imaginación, la sensibilidad y la misma inteligencia al papel de *servidores de la voluntad* y conformar siempre la propia voluntad con la voluntad divina, es un programa que cada vez tiene menos partidarios en este siglo de agitación que ha visto nacer un nuevo ideal concretado en esta frase: *el amor de la acción por la acción*.

Cualquier pretexto es bueno para eludir esa disciplina de nuestras facultades. Los negocios, las atenciones de familia, la higiene, el buen nombre, el amor a la patria, el prestigio de las corporaciones, hasta la pretendida gloria de Dios, son tentaciones para no *vivir en nosotros mismos*.

(21) D. Thom. 2.^a 2 ae, q. 180, a. 4.

(22) Vivía consigo mismo.

Esta especie de delirio de la vida exterior llega a ejercer en nosotros una sugestión irresistible.

¿Cómo extrañarnos, pues, de la ignorancia que existe de la vida interior? No es sólo ignorancia, sino desprecio e ironía aun por parte de quienes debían ser los primeros en apreciar sus ventajas y su necesidad.

Fue necesario que el Papa León XIII escribiera al Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, aquella memorable carta, que era una protesta, contra las consecuencias peligrosas de la admiración exclusiva de las obras.

A fin de ahorrarse el *trabajo de la vida interior*, el hombre de la Iglesia llega a tomar por cosa de poco más o menos la excelencia de esa vida *con Jesús, en Jesús y por Jesús*, y al olvidar que en plan de la Redención, todo está tan fundado en la vida eucarística, como edificado sobre la roca de Pedro.

En relegar lo *esencial* a un segundo plano trabajan inconscientemente los partidarios de esa espiritualidad moderna que se llama "AMERICANISMO".

Aunque para ellos la Iglesia no es un templo protestante, ni está vacío el tabernáculo, estiman que la vida eucarística apenas puede adaptarse a las exigencias de la civilización moderna, y menos bastar para los tiempos presentes, y que pasó ya, para no volver, aquella vida interior que brotaba de la vida eucarística.

Para las personas que desgraciadamente son leglón, imbuídas en estas teorías, la comunión ha perdido aquel sentido que apreciaban en ella los primeros cristianos.

Aunque creen en la Eucaristía, no la consideran como elemento indispensable de vida para sí y para las obras.

Y como carecen de la intimidad eucarística, la vida interior se les antoja uno de tantos recuerdos de la Edad Media.

Ciertamente, cuando a esos hombres de obras se les oye hablar de sus hazañas, podría creerse que el Todopoderoso, el que con solo su palabra creó los mundos y para quien el universo no es sino polvo y... nada, no puede prescindir de su concurso.

Muchos fieles y aun sacerdotes y religiosos exagerados en el culto de la acción llegan sutilmente a convertirlo en una *especie de dogma* inspirador de su conducta que les impulsa de un modo desenfrenado a la vida exterior. Y sentirían una gran satisfacción en decir: La Iglesia, la diócesis, la parroquia tienen necesidad de mí. Yo soy más que útil a Dios. Claro que no se atreverían a pronunciar estas frases tan fatuas, pero en el fondo de su corazón anidan la presunción que las fomenta y la atenuación de la fe que les dio origen.

Es corriente prescribir a un neurasténico que se abstenga de toda clase de trabajos. Este remedio suele serle insostenible, porque precisamente su enfermedad le pone en una excitación febril, que es para él como una segunda naturaleza, la cual le empuja sin descanso a buscar nuevos desgastes de fuerzas y nuevas emociones, que agravan su mal.

Una cosa parecida ocurre con el hombre de obras en relación con la vida interior. Tanto más la desdía y hasta la *repugna* cuanto más la necesita, pues-

to que si la pusiese en práctica, ella sería el mejor remedio para su estado morbosó. Pero como procede de un modo opuesto, y de día en día se afana más en engolfarse en el aluvión de trabajos cada vez mayores y peor dirigidos, acaba por descartar toda posibilidad de curación.

Corre el navío a todo vapor; y cuando quien lo dirige admira su velocidad, Dios está viendo que, por carecer de un timonel experto, va sin rumbo fijo y corre riesgo de naufragar.

Nuestro Señor desea y pide, ante todo, adoradores en espíritu y en verdad. El americanismo se figura que da una gran gloria a Dios, enfocando principalmente el problema de las obras.

Este estado de espíritu explica la preponderancia que tienen en nuestros días las escuelas, dispensarios, hospitales, etc., con menoscabo de la penitencia y la oración, las cuales apenas son comprendidas.

Esta vida exclusivamente exterior incapacita para creer en la virtud de la inmolación oculta y por eso se califica de cobardes e iluminados a los que la practican en la soledad del claustro, acaso con mayor ardor por la salvación de las almas, que los misioneros más infatigables y hasta suele hacerse rechifla de las personas de obras que juzgan que les es necesario robar algunos instantes a todas sus ocupaciones, aun las más útiles, para dirigirse al tabernáculo a purificar y recalentar su celo y conseguir que el Huésped divino bendiga y acreciente el resultado de sus trabajos.

5. *Respuesta a esta primera objeción: ¿La Vida interior es inactiva?*

Este volumen se dirige exclusivamente a los hombres de obras animados de un deseo ardiente de sacrificarse, que pudieran no tomar las medidas necesarias para que su sacrificio en favor de las almas sea fecundo, sin menoscabo de su vida interior.

Estimular a los pretensos apóstoles que rinden culto al descanso; galvanizar las almas adormiladas en brazos de un egoísmo iluso, fomentador de la inactividad, como medio de crecer en la piedad; sacudir la indiferencia de los indolentes; que pudieran cargar con algunas obras, con miras a ventajas u honores, con tal que no se perturben su quietud ni su ideal de tranquilidad... esta tarea no entra en nuestro propósito, porque exigiría una obra especial.

Dejando a otros el trabajo de hacer comprender a esos apáticos las responsabilidades en que incurren ante Dios con una existencia que El *quiere que sea activa*, y el demonio, de acuerdo con la naturaleza caída se empeña en hacer infecunda por falta de actividad y de celo, volvamos a nuestros queridos y venerables compañeros, a quienes estas páginas están reservadas.

No existe comparación que pueda expresar la intensidad infinita de la actividad encerrada en el seno de Dios.

La vida interior del Padre es tal que engendra una persona divina. De la Vida interior del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo.

La Vida interior comunicada a los Apóstoles en el Cenáculo inflamó inmediatamente su celo.

Esta Vida interior es un principio de celo para toda persona instruída que no se empeñe en desfigurarla.

Pero aunque la vida de oración no se manifestara en las obras exteriores, es en sí misma y en su intimidad una FUENTE DE ACTIVIDAD incomparable.

Se equivocan quienes ven en ella una especie de oasis en que refugiarse para llevar una vida plácida.

Con saber que es el camino más directo que conduce al reino de los cielos, le cuadra con toda exactitud el texto que dice: *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (23).

Don Sebastián Wyart, curtido en los trabajos del ascetismo, en las fatigas militares, en el estudio y en los cuidados que lleva consigo el cargo de Superior, solía repetir con frecuencia que hay tres clases de trabajos:

1.º El trabajo físico casi en su totalidad, de los que ejercen un oficio manual, como los labradores, los artesanos y los soldados. Este trabajo, decía, es el menos rudo de todos, aunque se crea otra cosa.

2.º El trabajo intelectual del sabio, del pensador que se fatiga en la búsqueda tan ardua, a veces, de la verdad; el del escritor o profesor consagrados con intensidad a comunicarla a otras inteligencias; el del diplomático, del hombre de negocios, del ingeniero, etcétera; los esfuerzos mentales del general durante la batalla, para prever, dirigir y decidir. Este segun-

(23) El reino de los cielos padece violencia, y quienes se violentan lo arrebatan. (Mat. II, 12).

do trabajo es más penoso que el anterior. Lo indica el adagio que dice: *el acero gasta la vaina*.

3.º El trabajo, en fin, de la vida interior. De los tres es el más fatigoso cuando se toma en serio (24). Ahora que también es el que consuela más. Y es también el más importante porque no perfecciona al hombre en una profesión determinada, sino en su propia formación. ¡Cuántos que se glorian de su valer y arrestos en los dos primeros géneros de trabajos, con los que se conquistan la fortuna y el triunfo, claudican como cobardes y perezosos cuando se trata del trabajo de la virtud!

El esfuerzo constante en dominarse a sí mismo y a cuanto nos rodea para no obrar en todo sino por la gloria de Dios, es el ideal del hombre que quiere adquirir la vida interior. Para lograrlo pone todo su esfuerzo en estar siempre unido con Jesús, medio el más eficaz de tener la mirada fija en el fin que pretende y pesarlo todo a la luz del Evangelio. Así, repite con San Ignacio: *Quo vadam et ad quid?* (25). De esa manera, todas sus potencias, inteligencia, voluntad, memoria, sensibilidad, imaginación y sentidos, conspiran a ese fin. Pero, *¡qué trabajos los suyos para llegar a ese resultado!* Ya se mortifique o se permita algún agrado permitido; ya reflexione o ponga en práctica sus pensamientos; ya trabaje o descanse; ya ame el bien o rechace el mal; ya sienta ansias o temores; ya acepte la alegría o la tristeza; ya esté lleno de esperanza o de miedo; indignado o tranquilo; siempre y en todas las cosas se

(24) Major labor est resistere vitiis et passionibus quam corporalibus insudare laboribus. (S. Greg.).

(25) ¿A dónde voy y a qué?

esfuerzo en mantener tercamente, obstinadamente, el timón en la dirección de la VOLUNTAD DE DIOS.

Cuando ora, sobre todo al pie del Tabernáculo, se aísla en absoluto de las cosas visibles, para poder tratar con el *Dios invisible, como si lo viera* (26). Aun en medio de sus trabajos apostólicos, aspira a realizar el ideal que San Pablo admira en Moisés.

Ni las adversidades de la vida, ni las tempestades levantadas por las pasiones, nada puede desviarle de la línea de conducta que se ha trazado. Por otra parte si flaquea un momento, inmediatamente se repone, y emprende con más brío y decisión la marcha hacia adelante.

Admirable resistencia. ¡Ah, cómo se palpa la recompensa que Dios concede aun en este mundo, a quien no desmaya ante el esfuerzo que exige ese trabajo, colmándolo de *alegrías especiales!*

¡Holgazanes, concluía don Sebastián, holgazanes los verdaderos religiosos y los sacerdotes de vida interior, devorados por el celo! ¡Vengan, vengan los hombres del mundo más metidos en negocios y ocupaciones a ver si su trabajo admite comparación con el nuestro!

¿Quién no lo ha probado? Cuántas veces cargaríamos con largas horas de un trabajo penoso, a cuenta de evitarnos media hora de oración bien hecha, la asistencia devota a la misma, y el rezo del Oficio divino (27).

(26) Invisibilem enim tanquam videns sustinuit. (Heb. XI, 27).

(27) El siguiente texto es de D. Festugière, O. S. B.: "Por muy grandes que sean las "dificultades" de la vida activa sólo los que no tienen experiencia de ello se atreverán a negar las "pruebas" de la vida interior. Muchos "activos", aun entre los

El P. Fáber escribe con amargura que para algunos "los quince minutos de acción de gracias de la Comunión, son los más fastidiosos de todo el día". Si se trata del breve Retiro de tres días, ¡con qué repugnancia algunos lo reciben!

Prescindir durante tres días de la vida fácil, aunque esté llena de ocupaciones; y *vivir de lo sobrenatural*, infiltrándolo en todos los detalles de la existencia; forzar el espíritu a que durante ese tiempo lo vea todo a los resplandores únicos de la Fe, y el corazón a que todo lo olvide menos a Jesús y su vida; vivir enfrentado consigo mismo, poniendo al desnudo las propias miserias y las flaquezas del espíritu; purificar el alma en el crisol del propio examen, siendo inexorables en la acusación, todo esto presenta una tal perspectiva que hace retroceder a gran número de personas, que por otra parte estarían dispuestas a toda clase de esfuerzos, cuando se trata de un desgaste de actividad puramente natural.

Y si sólo tres días de esta clase de ocupaciones parecen tan penosos, ¿cómo reaccionará la naturaleza ante la idea de una vida entera sometida al régimen gradual de la vida interior?

No hay duda de que en este trabajo de desprendimiento, la gracia tiene una gran parte y hace el yugo suave y la carga ligera. Pero ¡cómo tiene que trabajar y esforzarse el alma! Siempre le costará enderezarse en el camino recto y volver al *Conversatio nostra in coelis est* (28).

sinceramente piadosos, confiesan que, con frecuencia, lo que más les cuesta no es la acción, sino la parte obligatoria de la oración. Se sienten aliviados cuando llega la hora de la acción".

(28) Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20).

Santo Tomás explica esto muy bien cuando dice: “El hombre está situado entre las cosas de este mundo y los bienes espirituales, en los cuales se encuentra la felicidad eterna. Cuanto más se apega a los unos, más se aleja de los otros” (29). En la balanza siempre, al subir uno de los platillos baja el otro la misma distancia.

Aquella catástrofe primitiva del pecado original al trastornar la economía de todo nuestro ser, hizo que este doble movimiento de atracción y repulsión cueste mucho trabajo. Para restablecer y conservar por medio de la vida interior el orden y el equilibrio en ese “microcosmos” que es el hombre, son necesarios trabajo, fatiga y sacrificio. Se trata de reconstruir un edificio derruido y de preservarlo de un nuevo derrumbamiento.

Desprender constantemente de los pensamientos terrenos, por medio de la vigilancia, el renunciamiento y la mortificación, este corazón nuestro, agobiado con todo el peso de la naturaleza corrompida, *Gravi corde* (Ps. IV); reformar el propio carácter especialmente en aquellos puntos en que menos se parece a la fisonomía del alma de Nuestro Señor, o sea, en la disipación, cólera, complacencias internas o externas, manifestaciones de soberbia o de naturalismo, dureza, egoísmo, falta de bondad, etc., resistir al halago del placer actual y sensible con la esperanza de una dicha espiritual, de la cual no se gozará sino al cabo de una larga espera; soltar todas las amarras del

(29) Est homo constitutus inter res mundi hujus et bona spiritualia, in quibus aeterna beatitudo consistit, ita quod, quanto plus inhaeret uni eorum, tanto plus recedit ab altero, et e contrario (2.^a 2 ae, q. 108, a. 4).

amor del mundo; hacer del conjunto de las criaturas, deseos, codicias, concupiscencias, bienes exteriores, voluntad y propio juicio, un holocausto sin reservas..., ¡vaya tarea hercúlea!

Y, sin embargo, todo esto no es sino la *parte negativa* de la vida interior. Después de esta lucha cuerpo a cuerpo que hacía gemir a San Pablo (30), y que el P. Ravignan expresaba con esta frase: “¿Vosotros me preguntáis qué he hecho en el noviciado? Yo os lo diré. Eramos dos. He arrojado al otro por la ventana y me he quedado solo”; después de ese combate sin descanso contra un enemigo siempre dispuesto a renacer, es preciso proteger contra las menores asechanzas del espíritu natural a un corazón que, purificado por la penitencia, se encuentra actualmente consumido del deseo de reparar los ultrajes inferidos a Dios, de desplegar todas las energías en tenerlo únicamente pegado a la belleza invisible de las virtudes que desea adquirir para imitar las de Jesucristo y de esforzarse en conservar hasta en los menores detalles de la existencia una confianza absoluta en la Providencia. Esta es la *parte positiva* de la vida interior. ¿Quién no imagina el campo ilimitado que ofrece para trabajar?

Trabajo íntimo, asiduo y constante, con el cual precisamente el alma adquiere una facilidad maravillosa y una sorprendente rapidez en la ejecución de las tareas apostólicas. Únicamente la vida interior posee este secreto.

(30) Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem; video autem allam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo; quis me liberabit de corpore mortis hujus (Rom. VII, 22-24).

Las obras inmensas llevadas a cabo, a pesar de su precaria salud, por un Agustín, un Juan Crisóstomo, un Bernardo, un Tomás de Aquino, un Vicente de Paúl, etc., nos llenan de asombro. Pero más nos maravilla el ver que todos esos hombres, a pesar de sus incesantes trabajos, se mantenían en la más constante unión con Dios.

Ponienço mediante la contemplación los labios de su espíritu en la fuente de la Vida, estos Santos recibían de ella una capacidad de resistencia en los trabajos, mayor que la del resto de los mortales.

Esto mismo venía a decir un gran Obispo cargado de negocios a un hombre de Estado ocupadísimo también, al preguntarle éste cuál era el secreto de la serenidad que reinaba en su espíritu y de los admirables resultados de sus obras. A todas vuestras ocupaciones, mi querido amigo, le dijo el Prelado, añadid todas las mañanas media hora de meditación. Despacharéis más fácilmente vuestros asuntos y aún podréis tomar otros más."

En fin, ¿no sabemos que San Luis, Rey de Francia, en las ocho o nueve horas diarias que consagraba a los ejercicios de la vida interior, encontraba el secreto y la fuerza necesaria para atender a los asuntos del Estado y al bien de sus súbditos con tal solicitud que, según confesión de un orador socialista, jamás ni en nuestra época se ha hecho en favor de los obreros lo que hizo aquel santo Rey?

6. *Respuesta a esta segunda objeción:*
¿La Vida interior es egoísta?

Descartemos a los perezosos y a los *sibaritas* espirituales que ponen el contenido de la vida interior en los goces de una ociosidad agradable, y buscan los consuelos de Dios, y no el Dios de los consuelos. Estos tienen una piedad falsa. Pero con ellos se andan en la inteligencia de la vida espiritual los que a la ligera y sin conocimiento de causa, afirman que la vida interior es egoísta.

Hemos dicho antes que esta vida es la fuente pura y abundante de las generosas obras de caridad en favor de las almas y de los sufrimientos del prójimo.

Examinemos la utilidad de esa vida desde otro punto de vista.

Egoísta y estéril la vida de María y de José. ¡Qué blasfemia y qué absurdo!, y, sin embargo, no sabemos que hubiesen practicado ninguna obra exterior.

La irradiación en el mundo entero de su intensiva vida interior y los méritos de sus plegarias y sacrificios, aplicados a todos los beneficios de la Redención fueron suficientes para constituir a María Reina de los Apóstoles y a José, Patrono universal de la Iglesia (31).

Soror mea reliquit mihi sola ministrare (32), dice, repitiendo las palabras de Marta, el necio y presuntuoso que no ve más allá de sus obras exteriores y de los resultados que producen.

(31) En otro capítulo podremos ver que esta vida interior da a las obras su fecundidad.

(32) Mi hermana me ha dejado sola para servir (Luc. 10, 40).

Su estupidez e ignorancia de los caminos del Señor no llegan hasta hacerle creer que Dios no puede prescindir de él; sin embargo, repite convencido con Marta, que era incapaz de apreciar la excelencia de la contemplación de Magdalena: *Dic illi ut me adjuvet* (33); y hasta llega a gritar: *Ut quid perditio haec?* (34), considerando como tiempo perdido los momentos que sus hermanos de apostolado, más interiores que él, se reservan para asegurar su vida íntima con Dios.

Yo me sacrifico por ellos A FIN DE QUE sean santificados en verdad (35), responde el alma que ha profundizado el alcance de esta frase del Maestro: A FIN DE QUE, y que concedora del valor de la oración y del sacrificio, une a las lágrimas y a la sangre del Redentor sus propias lágrimas y la sangre de su corazón, que avanza en purificación todos los días.

El alma interior escucha con Jesús cómo la voz de los crímenes del mundo sube hasta el cielo y pide para sus autores un castigo cuya sentencia tiene ella en suspenso en virtud de la omnipotencia de sus súplicas con las cuales detiene la mano de Dios, presta a lanzar sus rayos.

Los que oran, escribía después de su conversión el eminente estadista Donoso Cortés, contribuyen más que los que combaten al bienestar del mundo, y si éste va de mal en peor es porque las batallas abundan más que las oraciones.

(33) Dile, pues, que me ayude (Luc. 10, 40).

(34) ¿A qué fin este desperdicio? (Mat. XXVI, 8).

(35) Pro eis ego santifico meipsum, ut sint ipsi sanctificati in veritate. (Juan XVII, 19).

“Las manos en alto, decía Bossuet, arrollan más batallones que las que atacan.” Y en el desierto, los solitarios de la Tebaida sentían arder en su corazón el fuego que animaba a un San Francisco Javier. Parecía, en expresión de San Agustín, que habían dejado el mundo más de lo conveniente: *Videntur nonnullis res humanas plus quam oportet deseruisse*. Pero es que se olvidaba, agrega, que sus oraciones purificadas por aquel alejamiento del mundo, venían a ser más provechosas y más NECESARIAS para aquel mundo corrompido.

Una oración fervorosa, aunque sea corta, será más provechosa para lograr una conversión que las discusiones más largas y los más bellos discursos. El que ora trata con la PRIMERA CAUSA, y obra directamente sobre Ella. Así dispone de todas las causas segundas que reciben su eficacia de la Primera. De esta forma se logra con más rapidez y seguridad el efecto apetecido.

Diez mil herejes, según una revelación que merece toda clase de respetos, fueron convertidos por una sola plegaria ardiente de la seráfica Santa Teresa, cuya alma inflamada en el fuego de Jesús, no podía comprender que cupiera una vida contemplativa e interior que pudiera desinteresarse de las solicitudes apasionadas que siente el Salvador por el rescate de las almas. “Aceptaría de buen grado, escribe la Santa, el fuego del purgatorio hasta el juicio final, a cuenta de salvar una sola de las almas. ¿Qué me importa la prolongación de mis dolores si con ellos puedo rescatar una sola alma, y mejor muchas, para la mayor gloria de Dios?” Y exhorta a sus religiosas,

diciéndoles: "Hijas mías, haced con esta mira totalmente apostólica, todas vuestras oraciones, disciplinas ayunos y buenos deseos".

Tal es en efecto la obra de las Carmelitas, Religiosas Cistercienses y Clarisas. ¡Miradlas cómo siguen el rumbo de los apóstoles, alimentándolos con sus oraciones y penitencias. Sus plegarias bajan de las alturas y se extienden hasta la lejanía en que puede encontrarse la Cruz y brillar el Evangelio sobre las almas que son su presa divina! Mejor estaría decir que su amor oculto, pero en actividad, despierta por todas partes en el mundo de los pecadores las voces de la misericordia.

Nadie en este mundo puede explicar el motivo de esas conversiones lejanas de los paganos, ni la heroica resistencia de tantos cristianos perseguidos, ni la alegría celestial de los misioneros en medio de su martirio. Todo ello está invisiblemente unido a las oraciones de una humilde monjita. Dueña de los perdones divinos y de las luces eternas, su alma silenciosa y solitaria rige la salvación de las almas y las conquistas de la Iglesia (36).

"Vengan trapenses a mi vicariato apostólico, decía Monseñor Favier, Obispo de Peking; que se abstengan de todo ministerio, para que nada les distraiga de sus trabajos de oración, de penitencia y de estudio. Sé muy bien el provecho que obtendrán los misioneros con la existencia de un monasterio de almas fervorosas que se dedican a la contemplación en medio de nuestros pobres chinos." Y algún tiempo des-

(36) "Lumière et flamme" (P. León, O. M.).

pués, añadía: “Hemos podido penetrar en una región hasta ahora inabordable. Yo lo atribuyo a nuestros amados Trapenses.”

“La oración de diez Carmelitas, decía el Obispo de Conchinchina al Gobernador de Saigón, me será más útil que los sermones de veinte misioneros.”

Los sacerdotes seculares, los religiosos y religiosas consagrados a la vida activa y *atentos a la vida interior*, tienen la misma participación en el corazón divino, que las almas del claustro. Tenemos magníficos ejemplos en un Padre Chevrier en un Don Bosco (hoy en los altares), en el Padre Antonio María. La Venerable Ana María Taigi era, en medio de sus funciones de pobre mujer de su casa, tan apóstol como San Benito José Labre, tan enemigo de lo trillado. M. Dupont, de Tours, famoso por su santidad, el coronel Paquerón, etc., devorados de idéntico ardor, lograban grandes éxitos en sus obras, porque eran hombres de vida interior; y el General de Sonis en el intervalo de dos batallas, encontraba el secreto de su apostolado en la unión con Dios.

¡Egoísta y estéril la vida de un Cura de Ars! Esta afirmación no merece respuesta.

Reflexionando con sensatez, hay que atribuir precisamente a la perfección de su intimidad con Dios, el celo y las conversiones de aquel sacerdote sin talento, pero contemplativo como un cartujo, cuyos progresos en la vida interior provocaban en su espíritu una sed inextinguible de las almas y merecían que Dios Nuestro Señor, de quien vivía, le diese como una participación de su Omnipotencia para operar aquellas conversiones.

¡Infecunda su vida íntima! Si en cada una de nuestras diócesis hubiera un San Juan Bautista Vianney, antes de diez años, Francia estaba regenerada más a fondo que por todas las obras que se quiera, insuficientemente fundamentales en la vida interior, aunque en su organización intervinieran con toda suerte de recursos pecuniarios el talento y la actividad de los mejores apóstoles.

Sin duda alguna el motivo principal que hace mirar con confianza la futura resurrección de Francia es que tal vez nunca ha habido, aun entre los fieles, según se observa de algunos años acá, tal número de almas que desean vivir en unión ardiente con el Corazón de Jesús y extender su reinado por la difusión de la vida interior entre los que las rodean.

Cierto que estas almas escogidas son una minoría muy exigua. ¡Pero qué importa el número si cuenta la intensidad!

La restauración de nuestra Patria, después de la Revolución, debe atribuirse a ese grupo de sacerdotes que por la persecución se abrazaron íntimamente a la vida interior. Merced a ellos un torrente de *Vida divina* llegó a reavivar a una generación que parecía condenada a una muerte inevitable a causa de su apostasía y su indiferencia.

Después de un período de cincuenta años de libertad de enseñanza en Francia, durante el cual se fundó un número considerable de obras y tuvimos a nuestra disposición toda la juventud de nuestro país y el apoyo casi total de nuestros gobernantes, ¿cómo, a pesar de la brillantez exterior de nuestros resultados, no pudimos formar en la nación una ma-

yoría cristiana a fondo para luchar con los secuaces de Satán?

Sin duda el abandono de la Vida litúrgica y la cesación de su irradiación en los fieles contribuyeron a estos fatales resultados. Nuestra espiritualidad se ha tornado estrecha, seca, superficial, exterior, o enteramente sentimental, y carece de la penetración y empuje de alma que da la liturgia, esa gran productora de vitalidad cristiana.

Pero ¿no podremos apuntar otra causa, que es el que careciendo de vida interior, los sacerdotes y educadores nos hemos limitado a engendrar en las almas una piedad superficial carente de grandes ideales y de fuertes convicciones?

Y en nuestra enseñanza como profesores, ¿acaso no nos hemos preocupado de lograr un gran número de diplomados para que nuestras obras se prestigiasen, más que de darles una sólida instrucción religiosa? ¿No hemos gastado nuestras energías sin preocuparnos de la formación de las voluntades, para grabar en ellas con caracteres indelebles la impronta de Jesucristo? ¿Y esta mediocridad no ha tenido, a menudo, por causa la *banalidad de nuestra Vida interior?*

Suele decirse que a un sacerdote santo corresponde un pueblo fervoroso; a un sacerdote piadoso, un pueblo honrado; y a un sacerdote honrado, un pueblo impío. Siempre hay un grado menos de vida en los que son engendrados.

Nosotros no nos atrevemos a suscribir esa afirmación, pero entendemos que las siguientes palabras de San Alfonso expresan con bastante claridad LA

CAUSA A LA CUAL han de atribuirse las responsabilidades de nuestra situación actual:

“Las buenas costumbres y la salvación de los pueblos dependen de los buenos pastores. Si hay un buen sacerdote al frente de una parroquia, pronto se verán florecer las buenas costumbres, la frecuencia de sacramentos y la oración mental. De esto ha nacido el proverbio: *Qualis pastor, talis parochia*, de acuerdo con esta sentencia del Eclesiástico (X, 2): *Qualis est rector civitatis, tales et inhabitantes in ea*” (37).

7. *Objeción sacada de la importancia de la salvación de las almas*

Pero el alma exterior, que busca pretextos contra la vida interior, podrá decir: ¿Por qué poner un límite a mis obras de celo? ¿Puedo yo gastar mis energías y emplear mi tiempo con exceso cuando se trata de la salvación de las almas? ¿Mi actividad no suple con creces a todo, por el sublime ejercicio del sacrificio? El que trabaja, ora. El sacrificio tiene su primacía sobre la oración. ¿No califica San Gregorio al celo por las almas, de sacrificio, el más agradable que puede ofrecerse a Dios? *Nullum sacrificium est Deo magis acceptum quam zelus animarum* (38).

Comencemos por precisar el verdadero sentido de esa frase de San Gregorio, sirviéndonos de las palabras del Doctor Angélico.

(37) Homo apost. VII, 16.

(38) S. Greg., Homilia 12 in Ezech.

Dice el Santo Doctor: Ofrecer espiritualmente un sacrificio a Dios es ofrecerle algo que le agrada. De todos los bienes que el hombre puede ofrecer al Señor, el más agradable para El, es sin duda la salvación de un alma. *Pero el alma que el hombre debe ofrecer primeramente a Dios, es la suya propia*, en conformidad con la Sagrada Escritura, que dice: *¿Quieres ser agradable a Dios? — Ten compasión de tu alma*. Después de hacer este primer sacrificio, *ya* podemos procurar al prójimo una dicha semejante. El sacrificio del hombre será tanto más agradable a Dios, cuanto más ESTRECHAMENTE una con Dios primero su alma, y después las de los demás. Pero esta unión, íntima, generosa y humilde sólo se realiza POR LA ORACION. Aplicarse uno mismo a la oración, o aplicar a otros, agrada a Dios MUCHO MAS que entregarse a las obras y arrastrar a los demás a ese apostolado de la acción. Así, pues, concluye Santo Tomás, cuando San Gregorio afirma que la salvación de las almas es el sacrificio más agradable a Dios, *no quiere decir con eso dar a la vida activa la preferencia sobre la contemplación*; pretende significar que la ofrenda de una sola alma es infinitamente más preciosa a sus ojos, y para nosotros de mayor mérito que ofrecerle las mayores preciosidades de la Tierra (39).

La necesidad de la vida interior no debe hacernos abandonar las obras, si vemos claramente que tal es la voluntad de Dios, porque rehuir ese trabajo o ejecutarlo con negligencia, o sea desertar del campo de batalla con el pretexto del mejor cultivo de la

(39) D. Thom. 2.^a 2^{ae}, q. 182, a. 2 ad 3.

propia alma y de la más perfecta unión con Dios, sería pura ilusión y, en algunos casos, causa de verdaderos peligros. *Vae mihi*, dice San Pablo, *si non evangelizavero* (40).

Hecha esta salvedad, digamos rotundamente que consagrarse a la conversión de las almas, olvidándose de sí mismo, es una ilusión más grave que la anterior. Dios quiere que amemos al prójimo como a nosotros mismos, pero *no más que a nosotros mismos*, es decir, nunca hasta el extremo de causarnos un grave perjuicio, lo que prácticamente equivale a exigir que tengamos más cuidado de nuestra alma que de las demás, porque nuestro celo ha de ir siempre reglamentado por la caridad, ya que el *Prima sibi charitas* (41) sigue siendo un adagio de Teología.

“Porque amo a Jesucristo, decía San Alfonso María de Liguorio, ardo en deseos de darle almas: PRIMERO LA MIA, y después el mayor número posible de otras.” Esto es poner en práctica el *Tuus esto ubique* (42) de San Bernardo: “No es cuerdo quien no piensa en sí.”

El Santo Abad de Claraval, verdadero fenómeno de celo apostólico, observaba esa máxima. Su secretario Godofredo nos dice: *Totus primum sibi et sic totus omnibus* (43).

“No te digo, escribe este Santo al Papa Eugenio III, que dejes del todo los negocios del siglo. Únicamente te exhorto a que no te entregues de

(40) Ay de mí, si yo no evangelizare (I Cor. IX, 16).

(41) Caridad ante todo para sí mismo.

(42) En todas partes sé para ti (S. Bern. 1, II de Consid. c. III). En ninguna parte te desatiendas a ti mismo.

(43) Todo para sí mismo en primer lugar y después todo para los demás. (Godofredo, Vit. S. Bern.).

lleno a ellos. Si quieres ser para todo el mundo, sé antes para ti, y si todos se acercan a beber a tu fuente, no te prives tú de beber. ¿Por qué has de ser tú el único que permanezca sediento? Siempre has de comenzar por pensar en ti. EN VANO TE ENTREGARAS A LOS DEMAS SI TE ABANDONAS TI MISMO. Haz que todas tus reflexiones COMIENCEN Y ACABEN EN TI. Sé para ti el primero y el último, y ten siempre presente que en el negocio de tu salvación nadie es tan allegado tuyo como el hijo de tu madre" (44).

También es muy sugestiva esta *Anotación de retiro* de Monseñor Cupanloup: "Observo una actividad terrible que está minando mi salud, perturbando mi piedad y que no es de provecho para mi cultura. Dios me ha dado la gracia de reconocer que esta actividad natural y este dejarme llevar de mis ocupaciones son los mayores obstáculos para la organización de mi vida interior, tranquila y fructuosa. He llegado también a reconocer que esta FALTA DE VIDA INTERIOR es el manantial de todos mis defectos, perturbaciones, sequedades, disgustos y carencia de salud.

HE resuelto, pues, poner TODO MI ESFUERZO en la adquisición de esa vida interior de que carezco, para lo cual, con la gracia de Dios, me he impuesto las siguientes reglas:

(44) A te tua inchoetur consideratio, ne frustra extendaris in alia, te neglecto... Tu tibi primus, tu ultimus... in acquisitione salutis nemo tibi germanior est unico matris tuae (S. Bern. 1. II de Consid. c. III).

1.ª Tomaré más tiempo del necesario para hacer cualquier cosa; así no me veré agobiado, ni con prisas, jamás.

2.ª Como siempre me encuentro con más cosas que hacer, que tiempo para hacerlas, y esta consideración me preocupa y me agobia, no pensaré más en las cosas que debo hacer, sino en el tiempo de que dispongo. Lo emplearé sin perder un minuto, comenzando por los negocios más importantes, y no me inquietaré de lo que quede sin terminar, etc., etc.”.

Cualquier joyero prefiere el diamante más pequeño a muchos zafiros. De la misma manera, según el orden establecido por Dios, nuestra intimidad para con El le da más gloria que todo el bien que podemos procurarle con nuestro apostolado en favor de las almas, si es un detrimento de la nuestra. Nuestro Padre Celestial, *que atiende más al gobierno de un corazón donde tiene su trono, que al gobierno natural de todo el universo y a la gobernación civil de todos los imperios, desea que reine esa armonía en nuestro celo* (45).

Y algunas veces prefiere dejar desaparecer una obra, si ve que es un obstáculo para el incremento de la caridad del alma que se ocupa en ella.

Satanás, por el contrario, no vacila en halagar a un apóstol con éxitos enteramente superficiales, si puede con ello amenguar su vida interior, porque su rabia le hace adivinar dónde se encuentran los verdaderos tesoros a los ojos de Jesucristo. Es decir, da de buena gana algunos zafiros, para quitar un diamante.

(45) P. Lallemand., Doct. Spirit.

SEGUNDA PARTE

UNION DE LA VIDA ACTIVA Y DE LA VIDA INTERIOR

1. *Prioridad de la Vida interior sobre la activa a los ojos de Dios*

En Dios se encuentra toda la Vida, porque El es la Vida. Pero el Ser infinito no manifiesta su vida del modo más intenso en sus obras exteriores, como por ejemplo la creación, sino en lo que la Teología llama operaciones *ad intra*, o sea en esa actividad inefable cuyo término es la generación perpetua del Hijo y la procesión incesante del Espíritu Santo. Allí se halla, por excelencia, su obra esencial y eterna.

La vida mortal de Jesucristo es la perfecta realización del plan divino. Considerémosla: Treinta años de recogimiento y soledad y cuarenta días de retiro y penitencia, son el prelude de su corta carrera evangélica. Y cuántas veces durante sus correrías apostólicas le vemos retirarse a las montañas o al desierto para orar: *Secedebat in desertum et orabat* (1) o

(1) El se retiraba al desierto a orar. (Luc., V, 16).

pasar la noche en oración. *Pernoctans in oratione Dei* (2). Pero hay algo más significativo y es la escena en la cual Marta desea que el Señor desapruche la pretendida inactividad de su hermana, proclamando así la superioridad de la vida activa. Pero la respuesta de Jesús es: *Maria optimam partem elegit* (3), y así declara la preeminencia de la vida interior. ¿Qué demuestra esto sino el designio bien premeditado de hacernos sentir la preponderancia de la oración sobre la vida activa?

Los Apóstoles, fieles a los ejemplos del Maestro, se dedicarán a la oración, y a fin de consagrarse al ministerio de la predicación, encomendarán a los diáconos las ocupaciones exteriores: *Nos vere orationi et ministerio verbi instantes erimus* (4).

Los Papas a su vez, los santos Doctores y los teólogos afirman la superioridad de la vida interior sobre la activa.

Hace algunos años, la Superiora General de una de las Congregaciones más importantes dedicadas a la enseñanza en Aveyron, mujer de fe, de virtud y de gran carácter, recibió de sus superiores la indicación de que facilitara la secularización de sus religiosas.

Inmediatamente se le presentó este problema: ¿Qué era preferible? ¿Sacrificar las obras a la vida religiosa, o abandonar la vida religiosa, a fin de conservar las obras?

(2) Salió al monte a hacer oración y pasó toda la noche orando a Dios (Luc. VI, 12).

(3) María ha escogido la mejor parte. (Luc. X, 42).

(4) Nosotros atenderemos de continuo a la oración y a la administración de la palabra (Hechos. VI, 4).

Perpleja por no poder conocer la voluntad de Dios, salió secretamente para Roma; obtuvo audiencia del Papa León XIII y le expuso sus vacilaciones, por la presión de que era objeto por parte de sus superiores en favor de las obras. El augusto anciano se recogió unos instantes para reflexionar, y le dio esta respuesta categórica: *“Con preferencia a todas las cosas y a todas las obras, conservad la vida religiosa de aquellas hijas vuestras que tienen el espíritu de su estado y aman la vida de oración. Y si es imposible guardar lo que os recomiendo y las obras, Dios suscitará en Francia otras obreras, si son necesarias. Vosotras, con vuestra vida interior, y en especial con vuestras oraciones y sacrificios, seréis más útiles a Francia como religiosas, aun en el destierro, que en el suelo patrio si quedáis privadas de los tesoros de vuestra consagración a Dios.”*

En una carta dirigida a un Instituto muy importante dedicado a la enseñanza, Pío X declaró netamente su pensamiento con estas palabras: *Nos hemos enterado de que comienza a circular la opinión de que lo primero para vosotras es la educación de los niños; antes de las obligaciones que vuestra profesión religiosa os impone, porque así lo piden el espíritu y las necesidades de nuestros tiempos. NOS OPONEMOS EN ABSOLUTO a que tal opinión encuentre eco en vuestro Instituto religioso y en los demás que se dedican a la enseñanza. Quede bien sentado en lo que os afecta, que la vida religiosa es muchísimo más importante que la vida común y que por muy grandes que sean vuestros deberes de enseñar, mayores son las obligaciones con que os ligasteis*

a Dios (5). ¿Pero la razón de ser de la vida religiosa y su fin principal no son la adquisición de la vida interior?

Vita contemplativa, dice el Doctor Angélico, *simpliciter melior est... et potior quam activa* (6).

San Buenaventura acumula los comparativos de superioridad para destacar la excelencia de la vida interior: *Vita sublimior, securior, opulentior, suavior, stabilior* (7).

Vita sublimior

La vida activa se ocupa de los hombres pero la contemplativa nos adentra en el dominio de las más altas verdades, sin desviar la mirada del mismo principio de la vida. *Principium quod Deus est quaeritur*. Su horizonte y su campo de acción son mucho más dilatados: *Martha in uno loco corpore laborabat circa aliqua, Maria in multis locis caritate circa multa. In Dei enim contemplatione et amore videt omnia, dilatatur ad omnia, comprehendit et complectitur*

(5) Omnino nolumus apud vos coeterosque vestri similes, quorum religiosum munus est erudire adolescentulos ea, quae pervulgari audimus, quidquid valeat opinio institutioni puerili primas vobis dandas esse, religiosae professioni secundas, idque aetatis hujus et ingenio necessitatibus postulari... Itaque in causa vestra illud manet religiosae vitae genus longe communi vitae praestare; atque si magno obstrici estis erga proximo officio docendi, multo majora esse vincula quibus Deo obligamini (S. S. Pío X). Pío X no censura el abandono provisional del hábito religioso para poder seguir dedicándose a la enseñanza, con tal de que sigan observándose los medios de guardar el espíritu religioso.

(6) La vida contemplativa es mejor que la activa y preferible a ella.

(7) Vida más sublime, más rica, más segura, más suave, de mayor estabilidad.